

IX Jornadas de Sociología de la UNLP 5, 6 y 7 de diciembre de 2016

Mesa 29 / “La cuestión urbana interrogada”: producción de la ciudad, actores y conflictos, una mirada desde los estudios urbanos.

Coordinadores:

María Laura Canestraro (CESP-UNMDP/CONICET)

Fernanda Torres (CISH-IdIHCS-UNLP/CONICET)

Juan Pablo Del Rio (ICO-UNGS-CONICET/FaHCE-UNLP)

Mariana Relli (CIG-IdIHCS-UNLP-CONICET)

Violeta Ventura (CIG-IdIHCS-UNLP/CONICET)

Los Usos de la Calle Recreativa de Rosario. Espacio público, cuerpos, movilidad y culturas

Diego Roldán (UNR-CECUR-CONICET)

Sebastián Godoy (UNR-CECUR-CONICET)

Introducción: entre cuerpos y espacios

El cuerpo se constituyó en un problema para las ciencias sociales hace relativamente poco tiempo. En el pasado la filosofía cartesiana y empirista monopolizaron la interpretación del fenómeno. Sin embargo, también allí aparecieron argumentos menos claros y distintos, algunas preguntas que iban más allá de su respuesta, como las que lanzó Spinoza y cuyas reflexiones fueron retrabajadas y puestas de relieve por el post-estructuralismo (Deleuze, 1977). Hacia fines del siglo XIX, Nietzsche ensayó romper con la metafísica occidental y el dualismo cartesiano. En este segundo plano, afirmó que “hemos de parir nuestros pensamientos” a partir de una serie de operaciones y sensaciones alojadas en lo corporal, como el dolor, la pasión y el tormento (Nietzsche, 1882: 37). Esa línea de reflexión, que un poco antes y con otro propósito, había abierto Schopenhauer, fue también seguida por Freud en sus ideas sobre la represión, el síntoma y la somatización. Con el siglo XX, los muros cartesianos entre el cuerpo y el pensamiento comenzaron a desmoronarse.

En la actualidad, gran parte de las investigaciones sobre el cuerpo se inscribe en los campos de la sociología y la antropología. No resulta sorprendente, entonces, que Marcel Mauss (1936) fuera uno de los primeros en poner la lente analítica de las ciencias sociales sobre esa problemática. El estudio sobre las *técnicas corporales* constituyó el primer intento sistemático por pensar al cuerpo como una construcción social sometida a variaciones culturales. Tales técnicas configuran hábitos corporales (caminar, yacer, emitir sonidos) que antes eran pensados como puramente biológicos. Al amalgamar cuerpo y cultura de una forma sistemática, ese texto permanece como el trabajo pionero que convirtió al cuerpo un objeto posible para las ciencias sociales, al unir corporalidad y cultura de una forma relativamente

rigurosa. Hacia mediados del siglo XX, las ciencias sociales comenzaron a preocuparse sistemáticamente por el cuerpo (Leenhardt, 1947; Hall, 1959). Hacia 1970, a partir de los trabajos como los de Mary Douglas (1970) y Victor Turner (1969) y otros, se configuró el campo específico de la Antropología del Cuerpo. En *Símbolos Naturales*, Douglas plantea que lo orgánico espeja a lo social y viceversa. Sin embargo, durante esos años el cuerpo distó de ser estudiado exclusivamente por antropólogos y sociólogos. La filosofía, a través de la fenomenología, volvió a indagar sobre el tema. En *Fenomenología de la percepción* (1945), Maurice Merleau-Ponty construyó una propuesta compleja alrededor de la corporalidad, convirtiéndose en un claro referente para los estudios posteriores. Su planteo hizo hincapié en la idea de que el cuerpo, en tanto forma de habitar el mundo, constituye una modalidad de conocimiento diferenciada del *cogito* cartesiano. El mundo así percibido, constituye la matriz experiencial de la cual se deriva todo el andamiaje racional y científico. El filósofo francés opone el ser-en-el-mundo al sujeto de conocimiento. El cuerpo construye una trama de relaciones con el mundo y con otros cuerpos, una mediación, pero también un “espacio expresivo”, un “medio general de poseer un mundo”, “sin subordinarse a una ‘función simbólica’ u ‘objetivante’ (Merleau-Ponty, 1945: 163 y 158). Sobre las huellas dejadas por Merleau-Ponty y sumando elementos procedentes de otras filosofías y del estructuralismo genético, Pierre Bourdieu (1999) desarrolló su concepto de habitus y su idea del conocimiento por cuerpos. Esa teoría tuvo a comienzos del siglo XXI una aplicación ejemplar en la etnografía del boxeo realizada en Chicago por Loïc Wacquant (2004).

Hacia finales del siglo XX, cierta literatura académica mencionaba la producción de un *giro corporal* (Sheets-Johnstone, 2009), refiriéndose a la multiplicación de las reflexiones que pusieron el acento en el cuerpo. Aparecen, entonces, nuevas perspectivas como la del *embodiment* (Csordas, 1993, 1999) que propone dejar de pensar lo corpóreo como objeto de estudio y comenzar a entenderlo, al mismo tiempo, como sujeto, como sustrato existencial que configura lo cultural y lo subjetivo. Para Csordas, la conciencia *es* cuerpo, retomando la lectura merleau-pontyana y su anti-cartesianismo.

A pesar de este marcado aunque reciente interés sobre el cuerpo. Las propuestas analíticas que intentan trazar puentes y cruces entre el cuerpo y el espacio han quedado menos desarrolladas. Aunque en el campo de las ciencias sociales, casi paralelamente, se ha comenzado a plantear un giro corporal y otro espacial (Soja, 2010), ambas tendencias han permanecido más o menos desconectadas. Aún compartiendo una matriz post-estructuralista estas dos relecturas del cuerpo y el espacio aparecen desconectadas debido a la ausencia de un diálogo más intenso entre las disciplinas que se han abocado al estudio de cada una de ellas:

antropología del cuerpo y la geografía del espacio. Esa desvinculación se torna algo inestable, por ejemplo, al reflexionar sobre el concepto de espacio social, más allá de la teoría de los campos de Pierre Bourdieu. Desde esta perspectiva, el espacio aparece tramado por relaciones sociales que, en definitiva, están soportadas por e inscriptas en los cuerpos. Por otra parte, el cuerpo es el soporte material y simbólico, último y primario, de toda la interacción social. A partir de él, sus multiplicidades e interrelaciones se hilvanan las sociedades como configuraciones de sentido variables, magmáticas y siempre en estado de emergencia. El cuerpo es, además, el vehículo indispensable para la generación de percepciones, que, a su vez, son el insumo principal de las representaciones. A fin de cuentas, sin el cuerpo no existirían las representaciones del espacio, formadas a partir de diferentes modos de (auto)percepción y de percepción de los otros.

Antes que se produjera la idea de giro espacial y corporal, dos autores que muchas veces han sido presentados como antagónicos percibieron con gran sutileza los lazos invisibles que atan el cuerpo al espacio y el espacio al cuerpo. Esos caminos y puentes de doble dirección e inscripción constituyeron la materia de reflexión de Foucault y De Certeau. Ambos (re)pensaron las relaciones del cuerpo y el espacio, así como de las prácticas que atraviesan a uno y a otro. Como lo ha notado Roger Chartier (1996), el concepto de prácticas es una de las claves para comprender las relaciones de estas dos figuras fundamentales de la reflexión social francófona de la segunda mitad del siglo XX.

Dos miradas sobre los cuerpos y los espacio: Foucault y De Certeau

Foucault ha dedicado buena parte de su obra a los problemas del cuerpo y el espacio. La intensidad de su trabajo en esta área ha sido constante, aunque su tratamiento resulte lateral y aparezca marcado por rodeos y dispersiones. Sus primeras aproximaciones al cuerpo visto, al cuerpo transformado en discurso y al cuerpo patologizado aparecen en *La Historia de la Locura* (Foucault, 2012), pero se despliegan en *El Nacimiento de la Clínica* (Foucault, 2007), para instalarse de forma definitiva en *Vigilar y Castigar*. En esos textos, Foucault piensa alrededor de un cuerpo cuadrulado por las tecnologías de la mirada, tanto clínica como panóptica, y por un espacio arquitecturado, jerarquizado y reticulado en pos de controlar los flujos de luz para construir las condiciones de posibilidad de una mirada. Marx tenía razón al afirmar que la primera mercancía que produce el capitalismo es el cuerpo del obrero, su fuerza física, su capacidad para transformar la naturaleza. Pero si Marx sostenía que el hombre es naturalmente un ser hecho para el trabajo, Foucault dirá que si el hombre puede convertirse en una fuerza productiva solo es a condición de estar obligado a hacerlo, a partir

de la coacción ejercida por un conjunto de fuerzas políticas y mecanismos de poder (Foucault, 1980). Para ser interiorizada, esa obligación requiere de una serie de dispositivos de disciplinamiento y tecnologías de regulación corporal. La apuesta del disciplinamiento oscila entre el reconocimiento de la energía motriz del cuerpo y el intento de encausarla, de hacerla maleable y dócil. La producción de esos cuerpos se efectúa en el marco de un espacio específico, moldeado por instituciones de encierro y secuestro: la escuela, el cuartel, la fábrica y el hospital.

Foucault invierte la doctrina platónica. Para el filósofo francés, el alma es la cárcel del cuerpo. El alma es la invención más importante de las tecnologías disciplinarias que a través de sus redes de poder condiciona, castiga, corrige, vigila y educa. El alma entonces es un efecto de las prácticas de encauzamiento aplicadas sobre una multiplicidad corporal con el objetivo de homogenizarla. Este punto de vista, centrado en el cuerpo individual y en el espacio arquitecturado, propio de la etapa de *Vigilar y Castigar* (Foucault, 2012), emprende un camino de desplazamiento y deriva a partir de finales de la década de 1970. El hito que expresa esa metamorfosis es la publicación del primer volumen de *La historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, los otros dos son los Cursos en el *Collège de France* de 1977-8 *Seguridad, territorio y población* (Foucault, 2006) y de 1978-9 *El nacimiento de la biopolítica* (Foucault, 2006). En esos textos, los intereses de Foucault se descentran en varios sentidos. Ya no se ocupará de los cuerpos individuales sino de la población como proceso que configura la articulación bipolar y gubernamental. No se concentrará en los espacios cerrados, ni en las instituciones de secuestro, sino de los espacios abiertos y en la producción de un medio (*milieu*) que genera las condiciones de posibilidad para prever series de acontecimientos y conductas más o menos aleatorias. Ese medio es sobre todo un soporte a través del cual circula la acción y se produce la movilidad. Aparece, entonces, en la obra del filósofo, un interés por los dispositivos de seguridad que a diferencia de los disciplinarios operan acondicionando un medio, un ámbito en el que se produce la circulación.

La producción de un medio es, entonces, uno de los ejes del dispositivo de seguridad. Nos interesa pensar en los dispositivos de seguridad como los productores de técnicas para el gobierno del movimiento. Esta una puesta en valor de la gestión de la circulación para convertirla en movilidad apuesta a la protección del ciudadano frente a los riesgos y la minimización de las circulaciones desviadas o perniciosas. El dispositivo de seguridad no procura prohibir el movimiento sino promoverlo y gestionarlo a través del control del medio para transformarlo en movilidad. No se trata de secuestrar e inmovilizar a los cuerpos o gobernarlos a través de solo un régimen de movimientos, sino de construir un medio en el que

puedan moverse continuamente, un escenario urbano dominado por la cinesis permanente. Esa promoción del movimiento, también, se apoya en la dimensión productiva del deseo, pero es operada a distancia sobre un medio para hacer que el deseo genere algún tipo de beneficio público, que el deseo individual en su carrera irrefrenable haga vivir mejor o más, en otro estadio cualitativo, a la población.

Si bien tampoco lo colocó en el centro de su estudio, Michel De Certeau tomó al cuerpo como una dimensión de los procesos que buscaba estudiar. En primer lugar, en *La cultura en plural* (1974), los cuerpos aparecen enlazados con lo cultural, ya que la cultura es definida como el resultado de operaciones y “trabajos” llevados a cabo por un mar anónimo de personas. Asimismo, ciertas caracterizaciones de lo cultural como lo blando, lo plural, lo múltiple y lo intersticial, pueden ser pensadas también para los cuerpos que tejen en y son tejidos por esas culturas (1974: 16, 189). También, De Certeau (1974: 39, 42) detectaba, dentro del imaginario de las sociedades contemporáneas, un cuerpo seriado, “...fragmentado, inventariado gracias a una división analítica, descompuesto en lugares sucesivos de erotización” que localiza un nuevo exotismo adentro del propio entorno.

Con la aparición de *La invención de lo cotidiano* (1980), el cuerpo en De Certeau adquiere nuevas características: es el vehículo de los procedimientos y las operaciones. Por un lado, se aleja de la microfísica del poder foucaultiana, planteando que es imposible que toda la sociedad quede subyugada por la vigilancia panóptica, y que es necesario estudiar las tácticas de resistencia y sus juegos de confrontación con las disciplinas. En suma, hay que prestarle atención a las evanescentes *artes de hacer* de los consumidores y los subalternos (De Certeau, 1980:44).

En esta obra los cuerpos aparecen como *movilidades* que dejan huellas, en tanto manos que trazan y lenguas que enuncian, triangulan vectores de dirección, cantidades de velocidad y diversas temporalidades. El espacio nace en el entrecruzamiento de las corporalidades móviles es decir, se configura *entre* los cuerpos –es el resultado del *cuerpo a cuerpo*– y aparece signado por la ceguera y la opacidad de la práctica caminante. El espacio abstracto y proyectado cenitalmente intenta atar a la multiplicidad corpórea a leyes anónimas, pero su incesante movimiento la vida escapa a toda visibilidad e intento de cristalización. La razón de esto es que la espacialidad practicada por los cuerpos al ras del suelo urde una trama inaprehensible, caracterizada por la fragmentación, la invisibilización de “la operación que la ha hecho posible” (De Certeau, 1980: 109). En sus trazos y enunciaciones, los cuerpos forjan “un estilo de aprehensión táctil y de apropiación cinética” de su entorno, dando por resultado la práctica de un espacio que carece de receptáculo físico. La espacialidad como relleno o

textura de las figuras geométricas insinuadas por las trayectorias, sólo existe en y a partir las huellas que ellas dejan.

Asimismo, en la mirada de DeCerteau (1980: 129) los cuerpos se relacionan entre sí a través de sus posicionamientos, que oscilan entre programas conflictuales y proximidades contractuales. Sus encuentros y desencuentros son la condición de posibilidad de su propia cognición. Construyen un *aquí* y un *allá* en la opacidad de sus movimientos, sus actos, sus deseos y sus goces (1980: 142). En este sentido, la corporalidad aparece también como una frontera que clasifica entre familiaridades y extrañezas, resultando en su mayor o menor porosidad. En definitiva, su diferenciación emerge de sus fluctuantes niveles de proximidad y la trama de sus colisiones.

Sin embargo, a pesar del margen de maniobra con el que cuentan los cuerpos en sus movi­lidades, siguen siendo vulnerables y porosos a las leyes que se inscriben en ellos. Una serie de mediaciones o instrumentos permiten esta inscripción y operan como una “frontera ofensiva [que] organiza el espacio social” (1980: 154), separando y articulando textos y cuerpos.

Objetivos y metodología

El presente trabajo tiene como objetivo principal analizar las formas en las que los usuarios de la Calle Recreativa de la ciudad de Rosario¹ emplean sus cuerpos en movimiento dentro de lo que se entiende al mismo tiempo como un dispositivo de movilidad y parte de una tecnología de gobierno que actúa creando un ambiente (Foucault, 1978). La hipótesis que orienta este estudio es que la Calle utiliza y expresa, a través de la adecuación de un medio específico y artificial, un deseo de esparcimiento y actividad física moderada de una población. Por otra parte, su diseño incentiva un repertorio de prácticas que giran en torno a la idea de “recreación”, entendida como una forma de movimiento distendida, laxa y capaz de “oxigenar” a los cuerpos agotados o inmovilizados por las actividades laborales semanales. Con el argumento de lograr esta oxigenación, este circuito consigue animar los espacios públicos urbanos más valorizados del mercado inmobiliario, que funcionan para los peatones como un paisaje puesto al servicio de la recreación, y promover la imagen turística-saludable y el diseño global de la ciudad.

¹Un circuito temporal en el que se suspende el tránsito automotor para el uso exclusivo de medios de locomoción no motorizados o “recreativos”, como bicicletas, *rollers*, *skates* o las mismas piernas de los transeúntes.

La producción de datos necesarios para lograr esos objetivos proviene de una estrategia de dos caras. Por un lado, el insumo fundamental utilizado fue la observación centrada en ciertos caracteres de la Calle Recreativa y sus usuarios, mediante un trabajo de detección y registro (Wacquant, 2004). Por otro, los propios cuerpos de los investigadores fueron empleados para recorrer la Calle como el resto de sus usuarios en una modalidad de “actuación-observación participante” que permite un posterior trabajo de objetivación del sujeto objetivante (Bourdieu, 2003). Detectando los usos que los cuerpos en movimiento hacen de la Calle y empleando el propio para experimentar lo que produce esa modalidad y sus formas específicas de motricidad, se configuró una grilla de inteligibilidad de doble entrada que permitió aprehender la configuración de la Calle en tanto dispositivo de circulación y medio para el gobierno de las poblaciones. El trabajo de campo fue realizado durante un período de tres meses, a través de una observación con participación y la recolección de impresiones en un diario de campo. Este conjunto de operaciones de registro se completó con una serie de procedimientos hermenéuticos que nos permitió conocer las formas de funcionamiento del circuito y también involucrarnos en su desenvolvimiento.

El espacio público como dispositivo urbanístico

Con frecuencia, los discursos de la planificación urbana articulan el binomio “espacio público”. Desde mediados de los años 1980s., el espacio público alcanzó gran proyección en las gestiones locales de las ciudades que se sueñan competitivas, atractivas y capaces de posicionarse en los rankings internacionales (Borja y Muxi, 2003). Al mismo tiempo que la planificación estratégica local y regional ganó terreno, la ciudad fue, cada vez más, el teatro de las operaciones de los diseñadores y los promotores inmobiliarios. El espacio público, como materialidad y representación, se ha convertido hoy en día en un dispositivo urbanístico central que contiene, al menos, un doble propósito. Mientras que su producción y proliferación es una de las modalidades en que los gobiernos locales consiguen articular los diseños públicos con la inversión privada, al mismo tiempo, permite elevar la plusvalía de los suelos loteables y construibles, aledaños a estas intervenciones. En paralelo, el discurso oficial sostiene que el espacio público es una especie de islote de igualdad, un pequeño paraíso natural y ocioso, emergente en medio del tumultuoso mar urbano de la desigualdad, la alienación y la contaminación. Es continuamente referenciado como un espacio colectivo, accesible y visible a todos los ciudadanos (Rabotnikof, 1996: 16-18). Este campo discursivo producido como una forma de gubernamentalidad, en el sentido foucaultiano, proyecta la imagen del espacio público como la de un dique, un muro de contención, frente al avance

desenfrenado del neoliberalismo urbano y de la privatización de la ciudad. Más allá del cambio de imagen de la ciudad y de la accesibilidad de un espacio público de calidad a la ciudadanía, el proceso de construcción de los nuevos espacios públicos del frente ribereño (*riverfront*), como dispositivos urbanísticos generadores de valor inmobiliario y de legitimidad política, es uno de los puntos donde se intersecan las fuerzas de los capitales privados y los intereses públicos. Se trata, entonces, de un espacio de colaboración intensa entre la administración y las empresas, una alianza estratégica en que se configura el corazón del mercado inmobiliario, pero también de un ámbito de traducción fuerte de esa sinergia a los términos de un proceso de inclusión y participación social. Es precisamente esa ambivalencia la que hace del espacio público un fenómeno que oscila entre su materialidad y su representación. Esa representación ha sido diseñada para lacrar la inclusión y el acceso de los habitantes y para promover el turismo entre los que visitan ocasionalmente la ciudad.

A partir de las transformaciones urbanísticas y las operaciones simbólicas de la planificación y el marketing, se forjan imágenes y escenografías que privilegian la estética por encima de la función, capaces de poner en valor ciertas partes de la ciudad en detrimento de otras. La mayoría de esos sectores están vinculados a la maximización del espacio urbano como experiencia de consumo y mercancía turística. En general, los espacios turísticos y renovados, las postales de la ciudad posmoderna, también, son las que se utilizan para publicitar prácticas saludables. Como lo ha demostrado Paula Vera (2015), la ciudad turística y la ciudad saludable dentro del imaginario del marketing y la competitividad interurbana ingresan en una especie de circuito de retroalimentación. Algunos, municipios como Rosario plantean completar su imagen con la idea de ser un *municipio saludable*. Esta figura retórica forma parte de la planificación estratégica y enfatiza las ideas de calidad de vida, accesibilidad y promoción de la salud. Con el objetivo de encaminar las conductas de los sujetos hacia el campo de lo saludable, se producen una serie de modificaciones en el medio. En principio, se destacan las características que hacen de la ciudad un lugar especial para el desarrollo de estas actividades: bajos niveles relativos de contaminación, amplia costa, importantes recursos naturales, espacios públicos, parques y paseos debidamente equipados y con capacidad para albergar una multiplicidad de actividades. (PERM 2010: 212). Sin embargo, los dones naturales son necesarios, pero no suficientes. La cultura de la calidad de vida necesita de la construcción de espacialidades urbanas que contribuyan a fortalecer los hábitos asociados con el culto a la salud y el bienestar. En el Plan Estratégico Rosario Metropolitana 2010, aparece la idea de una infraestructura del movimiento. Especialmente adoptada en los espacios verdes y los de circulación. Las infraestructuras del movimiento

promueven los hábitos saludables y la convivencia armoniosa. La Calle Recreativa que es una de esas infraestructuras eventuales que plantea la producción de un entorno de convivencia, encuentro, esparcimiento, vida saludable y actividad física Recreativa para todos los ciudadanos. Con una extensión total de 28 kilómetros, la Calle Recreativa propone incentivar ciertos hábitos saludables y, casi en paralelo, fomentar una recuperación del espacio público a partir de la convivencia ciudadana y el ocio masivo. Uno de los medios de locomoción más usados en la Calle es la bicicleta, en gran parte, promovida por el mismo estado municipal. Con la construcción de una infraestructura de 105 kilómetros de ciclovías, el Municipio ha apoyado esta iniciativa que consiste en dejar de utilizar el automóvil. Partiendo de las experiencias de Masa Crítica, procedentes de San Francisco y replicadas alrededor del planeta (Hou, 2010), la administración local ha conseguido que el Banco Interamericano de Desarrollo reconociera a Rosario como la ciudad de Latinoamérica en la que se produce el mayor uso de las bicicletas.

Una aproximación a la Calle Recreativa

a- La movilidad y sus medios

Los domingos por la mañana, tres de las principales avenidas de la ciudad de Rosario son retiradas del imperio del tráfico automotor para dibujar en la trama una figura zigzagueante, aunque dominada por la rectitud de los ángulos del damero. Esta concatenación de perpendicularidades, sólo se trastoca al chocarse con la costa central del río Paraná: allí, la arteria eventualmente exceptuada de motores adquiere caracteres más curvos y continuos, imitando la silueta de la ciudad que linda con el curso de agua. Curiosamente, cuando la Calle Recreativa se evade del dominio de la traza, el paseante ingresa en un mundo urbano distinto, signado por la presencia de emprendimientos inmobiliarios privados de alta gama, que emergen como menhires a un lado de la llanura del espacio verde rosarino.

Quienes transitan por esta calle no cuentan con otra fuente de energía que los hidratos de carbono: en esta área acotada y rectilínea de la ciudad, las formas de motricidad –aunque variadas– son impulsadas por factores bióticos y sólo niegan con cierta contundencia los medios de transporte basados en el combustible fósil. De hecho, la única forma de ingresar con un automóvil en esa zona restringida es para cargar gasolina, en algunas de las estaciones de servicio que se encuentran localizadas dentro del recorrido. Allí unos conos anaranjados, alejados de la univocidad signica, señalan la posibilidad de que por solo cien metros y con una finalidad precisa los autos puedan aparecer en el paso de otros vehículos. Los seres humanos y su kinesis adulta básica –el caminar– son amplificados por un repertorio de

dispositivos mecánicos que recaen también en el esfuerzo muscular. A lo largo del paseo, la bicicleta es hegemónica tanto las particulares como las que provienen del sistema de bicicletas públicas de la Municipalidad de Rosario “Mi Bici, Tu Bici”. Este sistema dentro de la Calle se encuentra en fase preparatoria y, por lo tanto, el registro y uso de los rodados es gratuito. Quizá esta circunstancia incrementa la significativa presencia de las bicicletas públicas en la Calle Recreativa. El tipo de bicicleta particular muestra una variedad de modelos. Sin embargo, predominan las de paseo y las inglesas, muchas de estas últimas refaccionadas y pintadas siguiendo la estética y la gama de colores del estilo *vintage*. Gran parte de estos ciclistas llega al circuito en pequeños grupos con lazos familiares o de amistad. El segundo medio de locomoción más relevante son las piernas, muchas personas emprenden el trayecto de la Calle Recreativa para poder caminar sobre la cinta asfáltica, destinada durante el resto de la semana al paso de los automóviles. En general, este flujo peatonal exhibe un ritmo relajado, acompañado por conversaciones que se efectúan en grupos de por lo menos dos personas. Aunque los hay, son menos frecuentes los caminantes solitarios. Algunos paseantes realizan los trayectos en familia o con sus mascotas. Una proporción menor de quienes recorren la Calle lo hace en una modalidad de trote, aunque sin grandes explosiones de velocidad ni la intensidad características de un entrenamiento riguroso que no puede detenerse. También hay quienes utilizan otro tipo de medios de movilidad con ruedas como los *rollers* y en menor medida las patinetas o *longboards*.

b- Un ritmo para la recreación y la oxigenación

Aunque mayormente relajado, el ritmo de la circulación es permanente y constante. Salvo cuando el tráfico de las calles perpendiculares –no comprometidas con el circuito– lo demanda, casi nadie se detiene. Al tener que aguardar el cruce de automóviles en las bocacalles de la Calle Recreativa, incluso los que están haciendo algún tipo de ejercitación liviana detienen por completo la marcha y esperan al cambio de semáforo o, en los casos donde no hay uno, a que el inspector de tránsito los habilite a pasar. En este sentido, parece más o menos claro que la actividad física es casi un complemento y que se encuentra colocada en un modesto segundo plano, frente al movimiento recreativo que parece ser lo más importante que está en juego dentro de ese circuito especial. Otra razón para un detenimiento eventual de los transeúntes es, ante el mutuo reconocimiento, el saludo y el intercambio de algunas palabras con los pares.

De esta manera, la constancia y permanencia del ritmo de avance no implica su explosividad. La cadencia observada en el andar fue más bien leve, con una intensidad que solo se presenta en el largo plazo y en el avance de la posición, en una especie de búsqueda,

aún parcial, de completar ciertas fases del recorrido. Ese ritmo parece evidenciar antes un descanso en movimiento que un apronte al entrenamiento físico. La Calle Recreativa parece imponerse como un momento de descanso y distensión para aquellos que entrenan regularmente en la semana y la utilizan el domingo para realizar algún tipo de ejercicio aeróbico al aire libre y de baja intensidad. De igual manera, otra población de hábitos y trabajos quizá más sedentarios se pone en movimiento tratando de dar con una forma para descansar de su quietud e inmovilidad laborales. Las rutinas de lo sedentario son alteradas tanto por el fin de semana que pone límites a las tareas regulares como por la Calle Recreativa que coloca al cuerpo en una cinta imaginaria de movimientos tan leves como constantes. Las mañanas de domingo en la Calle Recreativa parecen ajustarse al oxímoron de la necesidad del descanso en movimiento, propio de la fluidez y la flexibilidad de la época.

Por otra parte, el slogan municipal “*Cambιά el Aire*” se aproxima con buen criterio a algunas de las motivaciones de quienes utilizan este paseo. Más que una frase que apunta a la cuestión de la respiración y el ejercicio físico, indica una relación con el cambio de hábitos y la discontinuidad con las rutinas. Pasar de cierto sedentarismo o de una actividad que persigue algún resultado o rendimiento específico a una circulación que no tiene motivos exteriores a sí misma. Un movimiento que se produce a partir del placer que genera el propio movimiento, una especie de *perpetuummobile* sin objetivos ni finalidades. Si bien no queda claro si es una proyección gubernamental afincada exitosamente en los transeúntes o una inquietud de la población adoptada por los mentores del circuito, la idea de oxigenación aparece en como un universo compartido entre unos y otros. Desde los carteles colocados a lo largo del recorrido que instan a “cambiar de aire” hasta las formas de motricidad distendidas y de “afloje”, esa idea y su manifestación corporal se unifican en los distintos tramos de la Calle.

c- Cuerpos posicionados y vestidos

Dependiendo del medio de locomoción escogido, la actividad de circulación se despliega en sincronía, los ritmos en general tienden a acompasarse, los desacoples se expresan en pequeños grupos o individuos aislados. Esos diferenciales son posibles sobre todo cuando la Calle no está completa, en las primeras horas de la mañana. Hacia el medio día la Calle consigue aglutinar su máxima concurrencia. En algunos tramos, los cuerpos aparecen en una proximidad muy notable. Muchos casi se rozan. Comparten el espacio, pero también el tempo del movimiento. Despliegan una marcha en multitud y en cierta compañía, aún sin conocerse forman parte de un flujo y un impulso similares. Esa especie de danza coordinada en la proximidad que no llega a ser contacto, parece basarse en algún tipo de convenio o pacto tácito entre los caminantes, ciclistas y patinadores que comparten el espacio y los ritmos-

movimientos. Para quien se desplaza por la Calle a cierta velocidad, no existe forma de anticipar cuándo y a qué distancia puede sobrepasarlo otra persona que avance a un ritmo mayor. La única manera de evitar posibles colisiones termina siendo la rectitud del patrón de avance: como si se tratase de andariveles imaginarios, los vectores de trayectoria se mantienen paralelos a los cordones de las veredas de la calle.

Como bien lo subrayó Goffman (1993), la vestimenta es un código sintético de información social. La mayor parte de quienes atraviesan la Calle Recreativa lo hacen muñidos de ropa funcional, en general del tipo deportivo. Sin embargo, esa hegemonía de lo funcional no hace desaparecer las elecciones y montajes estéticos. Estas estrategias se ofrecen reforzadas en el caso de algunas mujeres que combinan tonalidades, aun en gamas estridentes propias de la ropa deportiva. Ese tipo de régimen vestimentario exhibe la naturaleza del vínculo que tienen los paseantes con la actividad que se desarrolla en y fuera del área, particularmente su involucramiento con cierto entrenamiento físico riguroso. Una forma de movilidad que en la Calle Recreativa es difícil de ejercer, pero que quizá precisamente por eso pueda evocarse a través del código cultural del vestuario (Entwistle, 2002). Al mismo tiempo, estos rituales de la ocupación del espacio público también permiten una visibilidad casi total, con miles de puntos de observación parciales, pero de una desmultiplicación exponencial. Los cuerpos en movimiento significan para los transeúntes la forma de manifestarse y aprehender las manifestaciones exteriores, un medio para percibir y ser percibidos (Merleau-Ponty, 1945). Los contactos visuales probablemente sean la forma más poderosa de comunicación e interacción de estos usos del espacio público limitados por estas configuraciones eventuales. Los rituales de exhibición forman parte de una coordenada no sólo corporal, sino también y sobre todo simbólica. La vestimenta, en tanto conjunto de signos identificable por los otros, funciona como un operador de distinción que revela una posición social que se solapa con la posición espacial que mantienen los caminantes.

d- Los usuarios: clase y género

Los diversos grupos que se movilizan a través de la Calle Recreativa cubren un amplio espectro etario que va desde los niños acompañados de sus padres, hasta los adultos mayores. Todos recorren el trayecto según sus necesidades y posibilidades. Aunque existe una predominancia de jóvenes y de adultos, la variedad de edades es muy notable. Menos marcada es la diversidad de posición social. La clase media es predominante en todos los tramos de la Calle. Esa hegemonía, apenas es matizada por una presencia muy moderada, momentánea y, la mayor parte de las veces, discreta de los sectores populares. En ocasiones, la aparición de los sectores populares plantea una discontinuidad en el flujo. Una ruptura que es certificada

por la mirada que le dedican el resto de quienes circulan en la Calle. Esas miradas parecen ponerlos en el lugar de un objeto extraño, de algo llegado de un lugar desconocido, que perturba un flujo homogéneo e incapaz de absorberlos. De igual forma, existe una homogeneidad racial también bastante caracterizada. Casi todos los usuarios de la Calle Recreativa son de tés blanca, hay muy pocos que ofrecen las marcas de la migración interna y latinoamericana que caracterizó y caracteriza la población ubicada en la periferia de las principales ciudades argentinas. Si bien la propuesta de la Calle Recreativa, parcialmente, plantea la posibilidad de realizar una especie de recorrido turístico saludable en la propia ciudad, no parece generar efectos demasiado importantes entre la población que habita las periferias. Posiblemente, esto obedezca a una especie de *zoning* estipulado por el recorrido, donde quedan claramente excluidas una gran porción de la zona sur y la totalidad de la zona oeste de la ciudad. Ambas áreas constituyen los mayores contenedores de población popular. Allí todavía se encuentran activas las infraestructuras ferroviarias, en cuyos terrenos históricamente se han instalado los asentamientos irregulares. También puede observarse la consolidación de la composición de la clase media en la medida en que el recorrido se prolonga hacia el norte. Recientemente, esa área ha sido recuperada de sus usos ferroportuarios por los capitales privados. Allí se asienta una población de notable poder adquisitivo y status social, formada por profesionales y empresarios. Hacia Puerto Norte, un barrio privado prácticamente aislado de la traza urbana, la ciudad signada por su famosa ronda de bulevares queda completamente desdibujada: el predominio absoluto es el de las comunidades cerradas sobre sí mismas, con una fuerte impronta heterotópica.

Con respecto a las identidades de género, es difícil hacer un análisis detallado cuando el principal insumo son los datos construidos a partir de la observación de cuerpos en movimiento. De todas maneras, se puede hacer una apreciación empírica de los caracteres sexuales y prácticas que se observaron. En primer lugar, la familia monogámica enseña la escena. Cuando los transeúntes constituyen grupos de más de dos personas, la composición predominante cuenta con dos adultos –hombre y mujer– y uno o más niños, vestidos con los típicos atuendos y colores asignados a los roles masculinos y femeninos, respectivamente. Es menos frecuente encontrar mujeres en el recorrido que no revistan los caracteres vestimentarios deportivos asignados a lo femenino. Por poner un ejemplo sencillo, no se observó a ninguna mujer utilizando algún pantalón deportivo, como los de fútbol o básquet, reservados fundamentalmente a los hombres. Asimismo, las mujeres son las mayores usuarias de rollers y patines dentro del circuito, estando en paridad con su contraparte masculina en el empleo de bicicletas. Mientras que muchos hombres transitan solos o en grupos familiares, el

agrupamiento femenino por excelencia son las parejas, tanto del mismo como de distinto sexo. En ese andar, la interacción sólo se da con el o la acompañante, mientras que se ignora al resto de los andantes. A medida que el recorrido se aproxima al norte y cambia el paisaje urbano, los grupos de mujeres crecen en cantidad, en detrimento de las familias. De hecho, en relación a las identidades de género, la Calle presenta relativamente mayor diversidad que con respecto a la composición socioeconómica, ya que la calidad de las vestimentas y medios de locomoción varía mucho menos que los roles visibles de género.

e- Dirección y espacios

Mientras que la avenida 27 de Febrero –el límite distrital que separa al sur del centro– solo habilitó una de sus manos para el uso de la Calle Recreativa, en el tramo de Boulevard Oroño y de Puerto Norte, el recorrido suspende ambos carriles para el uso automotor y reproduce la doble orientación del tráfico para el uso mayoritario de los caminantes-ciclistas. Sin embargo la mayor parte del trayecto está diseñada con un fuerte sentido sur-norte. Gran parte del flujo asume como propia esa dirección y describe el trayecto buscando dos cuestiones que parecen remarcables: la zona septentrional de la ciudad, con el renovado sector de Puerto Norte como escenario de pujanza urbana y la ribera del Paraná como escenografía natural. Quizá esos sean los dos motivos más importantes que consiguen imprimirle una direccionalidad tan clara al flujo humano que atraviesa el circuito. La orientación impresa desde la planificación de la Calle es completamente adoptada por los usuarios, que asumen el eje sur-norte como el recorrido natural a seguir como un flujo del que es imposible evadirse o en el que no es sencillo crear atajos. De este modo, la calle Recreativa se transforma en una *calle de dirección* única abierta por un ingeniero en el corazón de la ciudad.

En lo que se refiere a las vías de conectividad, los recorridos están pautados a través de cuatro avenidas que en cierta medida delimitan, también, cuatro áreas de la ciudad. El primer tramo es el de mayor penetración meridional: Av. San Martín desde Bulevar Seguí hasta 27 de Febrero. Este segmento avanza sobre una zona comercial, de una de las calles más representativas y multifuncionales de Rosario. Como se mencionó anteriormente, solamente está habilitado para la circulación peatonal el carril con dirección al norte, una clara indicación acerca de la dirección del flujo. A un costado de este trayecto aparece, algo difuso, la parte noroeste del parque Yrigoyen, la plaza Lucio Fontana y las inmediaciones de la Estación del Ferrocarril Central Córdoba, cuya rehabilitación muy relativa aún ofrece un anticipo empobrecido de lo que le espera en el otro extremo de la Calle con las instalaciones de Puerto Norte. La zona de 27 de Febrero presenta un entorno con predominancia de las construcciones residenciales, salpicadas por algunos locales comerciales. El recorrido también

tiene habilitado un solo carril de la avenida para la circulación peatonal con dirección hacia el Oeste. En sus últimos trescientos metros, emerge el borde de la silueta del Parque Independencia que, junto al bulevar Oroño, articula la siguiente fase. Al llegar a la convergencia de 27 de Febrero y Oroño la concurrencia aumenta, la cinta asfáltica está a completa disposición de los paseantes, los automóviles no pueden ingresar en absoluto, ninguna dirección está habilitada en esta fase de la Calle para ellos. Los paseantes pueden moverse tanto con sentido sur-norte como norte-sur, pero la direccionalidad del paseo para los que lo han iniciado antes ya es un asunto decidido. A un lado, del principio del recorrido con rumbo norte, el antiguo predio de la Sociedad Rural de Rosario y al otro, el clausurado parque de diversiones mecánicas. En esta zona la vegetación es escasa y la marcha se vuelve poco comfortable frente a los rayos solares. Al llegar al Rosedal y el antiguo Hipódromo del Jockey Club de Rosario las ramas más altas de las dos hileras de tilos plantadas a los costados del bulevar se entrelazan formando un techo verde sobre la cinta asfáltica. En las inmediaciones del Museo de la Ciudad aparecen un sitio para realizar ejercicios de relajación, un puesto de reparación de bicicletas, un gazebo donde se venden vasos con jugo de naranjas y otro donde unas colchonetas indican que puede hacerse ejercicio de piso. El parque termina en el cruce de Oroño y Pellegrini. Allí se despliega el bulevar Oroño y sus casonas de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Se trata de la antigua zona residencial, exclusiva y de figuración social de la elite local. El último tramo del recorrido pone en diálogo las áreas del bulevar céntrico y la que colinda con el recientemente rehabilitado (¿gentrificado?) barrio de Pichincha, sede de un circuito gastronómico bastante exclusivo, donde, por ejemplo, el transporte público tiene una llegada difusa e infrecuente. La recta de Oroño choca con el Parque Norte y el Scalabrini Ortiz, allí emerge la silueta del Paraná y el trayecto comienza a seguir la curva de la ribera para retener la vista, aunque a cierta distancia, de las aguas del río. El área que comienza a recorrerse se caracteriza por cierta discontinuidad. Existen sectores que mantienen un mobiliario urbano y unas instalaciones algo modestas, allí las cintas asfálticas no existen o son precarias, la única vegetación está formada por algunos árboles pequeños y el césped es cortado regularmente, pero sin otra pretensión que mantenerlo en un largo aceptable para un paseo público. Por otra parte, el terreno no se encuentra nivelado con rigurosidad y son frecuentes los cambios de altura y las discontinuidades de la cubierta verde. Además, en la zona se presentan hitos de acondicionamiento todos promovidos por la inserción del capital privado en el espacio público. Las zonas adyacentes a los bares Río Mío y los Silos Davies, inmediatos al Museo de Arte Contemporáneo de Rosario, presentan ajardinamientos especiales, una infraestructura y un mobiliario urbano de alta calidad que contrasta con otras

partes del recorrido. La discontinuidad vuelve a emerger al traspasar el Museo MACRO, construido a partir de la recuperación de la estructura de un elevador de granos que data de comienzos de los años 1930s. La playa de maniobras del Nuevo Central Argentino sobre el costado sur exhibe instalaciones ferroviarias y algunas ruinas del pasado agroexportador y portuario de la ciudad. Mientras que al otro lado, la costanera, libre de galpones y construcciones que afecten la perspectiva, es recuperada por intervenciones públicas que no se destacan por esa estética minimalista y esa vegetación extremadamente cuidada y especialmente escogida que emerge de los espacios intervenidos por el capital privado. Todo el recorrido por la Avenida Estanislao López y luego por la Cándido Carvallo muestra los ensayos e intervenciones sobre la ribera rosarina en pos de la construcción de un *waterfront*, donde se rehabilitan los residuos de la ciudad ferroportuaria y se los convierte en espacios refuncionalizados para ponerlos a presentar servicios y funciones en el marco de una escenografía turística y post-desarrollista. La postal de la ribera alcanza quizá su máximo esplendor en el trayecto que se extiende entre las torres Dolfines y Ciudad Ribera. La perspectiva del río y las nuevas construcciones de edificios inteligentes para oficinas y residencias muestran una diversidad y una escala que pone en cuestión su relación con el resto de la trama urbana. Al parecer, el espacio público aparece aquí como una especie de interface o membrana capaz de absorber el efecto que ocasiona esa zona de excepción que conforman estos complejos de vivienda de altísima gama. De igual manera, el residuo portuario es reabsorbido por funciones hoteleras o de ventas de servicios.

En su direccionalidad y linealidad, todo recorrido configura una narración y, en ese carácter, cuenta algunas cosas mientras que calla otras. La propuesta paisajística y espacial de la Calle Recreativa muestra selectivamente una Rosario que pretende seducir a los usuarios del recorrido. El circuito resalta partes de la ciudad en detrimento de otras. Excluye áreas que componen hitos importantes de su historia y su morfología, pero que posiblemente estén asociadas a un localismo nostálgico que se quiere suprimir a favor de identificadores más acordes a un imaginario cosmopolita, internacional y “turistificable” (Vera, 2015) o que se quiere mostrar es la perspectiva de una primera modernidad urbana, caracterizada por cierto afrancesamiento de los *petithotels* y las mansiones del Bulevar Oroño, así como una “segunda” o post-modernidad globalizadora, signada por las nuevas construcciones en altura y los emprendimientos recualificadores del espacio público. Lugares como el Parque de la Bandera –otrora un espacio simbólico de suma importancia en el casco central– y el prácticamente intransitable microcentro de la ciudad se suman a los barrios del sur y el oeste en la lista de los olvidados del paseo. Ese perfil urbano que combina algunos paseos

burgueses de fines del siglo XIX y principios del XX y las nuevas zonas recualificadas para las elites del siglo XXI, aspira a ser leído a partir de cualquier retícula cultural occidental, a ser interpretado *universalmente*, sin sentidos situados, intentando dejar atrás las señas locales que siempre caracterizaron y empobrecieron a Rosario frente al puerto cosmopolita de Buenos Aires. En otras palabras, configura un producto aprovechable para cualquier consumidor del mundo, sin necesidad de mediaciones ni traducciones. Hace de la ciudad una mercancía consumible en tanto experiencia universalizable y apta para todo aquel que quiera y pueda permitirse pagarla. Porque si bien el circuito es “gratuito”, puede ser pensado como una *amenity* agregada a los costos de habitar y visitar la ciudad. Una *amenity* que junto al paisaje ribereño incrementa exponencialmente los valores del metro cuadrado del suelo en las zonas más renovadas de Rosario.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo se procuró fusionar dos dimensiones de la existencia social y cultural que, a pesar de su proximidad evidente, han permanecido desvinculadas durante largo tiempo: el cuerpo y el espacio. Para ello tomamos como guías los trabajos teóricos de Michel Foucault y Michel De Certeau y, al mismo tiempo, construimos nuestro observatorio empírico sobre el circuito recreativo de la ciudad de Rosario. En ese espacio público, eventual y específico se da cita todos los fines de semana un gran número de cuerpos que se autoimponen la tarea de atravesar ese conducto. Fruto de la relación entre la planificación urbana, el diseño de la ciudad por partes, la producción arquitectónica de la ciudad mercancía y el marketing sobre una Rosario turística y saludable, la Calle Recreativa genera un ambiente en el que puede leerse una postal de dos caras. De un lado, aparecen los cuerpos que recorren el circuito, con sus movimientos pausados, rítmicos, casi como una gran masa de piernas y brazos sincronizados. Del otro, las postales urbanas que vinculan dos escenarios de poder: el bulevar y las antiguas mansiones de la burguesía de comienzos del siglo pasado y la ribera enmarcada en los mega-proyectos y grandes edificios con residenciales de alta gama. Esas dos escenas, tan sólo escindibles a fines analíticos, muestran en una sola trayectoria la secreta relación entre cuerpos y espacios. A través de su motricidad, sus vectores de dirección y sus sucesivos posicionamientos, los cuerpos “tejen” al espacio como las estrellas producen a las constelaciones. El espacio social nace del encuentro de la práctica social más básica de todas, el movimiento, con las imágenes, concepciones y representaciones que pululan a su alrededor. La Calle Recreativa configura el ambiente de esos pasos. Es la Vía Láctea que dicta el orden de los astros que son las sucesivas posiciones de los cuerpos. En definitiva, mediante la

iluminación de un tramo peatonal intermitente ubicado en una ciudad intermedia del Cono Sur, se muestra la dependencia fundamental que el espacio tiene con respecto a los cuerpos, las actividades y las relaciones para existir como un fenómeno social y un medio operable. Precisamente, la Calle Recreativa promueve la imagen de un largo río humano que avanza casi en una dirección única, con un ritmo homogéneo, una composición social constante y un objetivo común: el movimiento.

A la luz de los resultados del trabajo de registro y participación, podemos afirmar que efectivamente la Calle Recreativa funciona como un medio en el sentido foucaultiano. A través de su organización aparecen una serie de pautas ambientales (control de la dirección, restricción del tráfico, señalización del rumbo mediante vallas, habilitación de circulaciones alternativas, etc.) que encausan un deseo de movimiento en una población que busca restablecer su oxigenación tras las semanas de trabajo sedentario o que desea contar con un momento de contacto con el cuerpo fuera de las rutinas del gimnasio. Al mismo tiempo, ese medio propone un encuentro con las áreas más patrimonializadas (Bulevar Oroño) y más renovadas de la ciudad (Puerto Norte). Como si se tratara de una narración urbana, el trayecto proyecta sus puntos de luz sobre la ciudad, ilumina lo que desea subrayar y busca identificar la salud del caminante con los espacios de poder, de consumo y de distinción social. A través de la Calle Recreativa y con la colaboración de sus frequentadores, el municipio consigue instalar de manera duradera sus propias intervenciones urbanas y su relato de una ciudad rehabilitada que triunfa en el contexto global, tanto en el horizonte del deseo como en el imaginario de sus habitantes.

Como bien supo comprender Foucault, toda arquitectura dispone y construye un espacio para la luz, para generar condiciones de visibilidad que buscan ser absolutas. No obstante, De Certeau acierta en su crítica al panoptismo foucaultiano, porque toda forma de luz produce a su alrededor puntos ciegos, conos de sombra. De hecho, fueron los pasos de los usuarios del Bulevar Oroño los que inspiraron la dirección del circuito y no a la inversa. Asimismo, si se toma la idea decertauiana de que la acción caminante como relato se vale de las organizaciones espaciales y proyecta una sombra que resalta lo equívoco en ellas (De Certeau 1980: 113), se observa cómo el recorrido de la Calle Recreativa muestra –de manera lateral y sin proponérselo– lo escasas que son esas zonas renovadas de Rosario. De hecho, ni siquiera el recorrido completo se asienta sobre zonas homogéneas y brillantes, los primeros tramos, recostados sobre el sur de la ciudad, no son especialmente atractivos tanto en lo que refiere a su diseño como a su equipamiento urbano. Lo que existe alrededor de ese recorrido turístico dista mucho de lucir de la misma manera y por lo tanto queda descartado del

trayecto, porque previamente ha sido desestimado de la agenda de las intervenciones urbanas del municipio y los capitales privados.

El gobierno local de Rosario se caracteriza por su larga continuidad en la administración, por una institucionalización fuerte y una sinergia con la Universidad pública que, si bien ha producido algunos hechos positivos, también ha redundado en una reducción de la gestión a un asunto técnico. A lo largo de este proceso, el municipio siempre estuvo atento a los desarrollos de la sociedad civil, constantemente trató de captar las energías sociales movilizadas alrededor de ciertos núcleos. Esto resultó notable, por ejemplo, con la institucionalización de las Artes Urbanas y absorción de múltiples artistas callejeros como personal de los nuevos espacios municipales recualificados y destinados al ocio y el esparcimiento (Godoy, 2015). Con la Calle Recreativa, una vez más, podemos apreciar esta operatoria que primero captura y luego potencia (en forma reproductiva, es decir institucionalizada) las energías de los rosarinos que recorrían Oroño para ejercitarse aeróbicamente durante las últimas horas de la tarde y acudían al Parque España con el objetivo de elongar los músculos involucrados en la actividad física.

En este trabajo, intentamos mostrar cómo la movilidad, en sus distintas formas y medios, con sus ritmos, sus búsquedas de cambiar el aire, los cuerpos en proximidad, enviándose señales a través de la vestimenta, moviéndose de forma casi sincronizada y con una dirección única configuran junto al escenario de esa movilidad una tecnología de gubernamentalidad. La recreación en las sociedades del capitalismo avanzado no parece ser solo una recuperación de las energías o el bienestar perdido en el trabajo, sino una forma de producir, direccionar y potenciar el deseo de las poblaciones en los momentos en que padecen de una cierta orfandad y consecuente desorientación en cuanto a la estructuración de sus tiempos, espacios y movimientos, como es el caso de las mañanas de los días feriados. La Calle Recreativa pauta itinerarios, conductas y deseos, pero como lo afirmó De Certeau su capacidad para controlar, vigilar y establecerlo todo son siempre limitadas. Aun con un flujo muy homogéneo, en los márgenes e intersticios de la Calle Recreativa se infiltra lo que esa postal de movimiento y paisaje desea olvidar y desterrar. Son esos caminantes que llegan de otras calles, de otros lugares quizá menos equipados urbanísticamente, las huellas de otra ciudad que se extiende de espaldas y por debajo de lo que la Calle quiere mostrar y consagrar.

Bibliografía:

- BOURDIEU, Pierre. (1999). *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama.
- BOURDIEU, Pierre. (2003). "La objetivación participante", En *Actes de la rechenhe en sciences sociales*, N°150, 87-101.
- CHARTIER, Roger. (1996). *Escribir las prácticas. Foucault, De Certeau, Marin*. Buenos Aires: Manantial.

- CSORDAS, Thomas. (1993). "Somatic modes of attention". *Cultural Anthropology*, vol. 8, n° 2. EEUU.
- CSORDAS, Thomas. (1999). "Embodiment and cultural phenomenology". En Weiss, Gail y HoniFeru Haber (Eds.) *Perspectives on embodiment*. New York: Routhledge.
- DE CERTEAU, Michel. (1999). *La cultura en plural*. Buenos Aires: Nueva Visión (Versión original, 1974).
- DE CERTEAU, Michel. (2000). *La invención de lo cotidiano. I artes del hacer*, México: Universidad Iberoamericana (Versión original 1980).
- DELEUZE Gilles. (1980). *Diálogos. Claire Parnet – GillesDeleuze*. Valencia: Pre-textos (Versión original 1977).
- DOUGLAS, Mary. (1988). *Símbolos Naturales. Exploraciones en cosmología*. Madrid: Alianza Editorial (Versión original 1970).
- ENTWISTLE, Joanne. (2002) *El cuerpo y la moda*. Barcelona, Paidós.
- FOUCAULT, Michel. (1993). *La microfísica del poder*. Madrid: Ediciones La Piqueta (Versión original 1980).
- FOUCAULT, Michel. (2005). *La historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI (Versión original 1976).
- FOUCAULT, Michel. (2006). *El nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- FOUCAULT, Michel. (2006). *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- FOUCAULT, Michel. (2007). *El nacimiento de la clínica*. Madrid: Siglo XXI (Versión original 1963).
- FOUCAULT, Michel. (2012). *Historia de la locura en la época clásica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica (Versión original 1961).
- FOUCAULT, Michel. (2012). *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI (Versión original 1975).
- GODOY, Sebastián. (2015). "Otras ciudades posibles. Itinerarios artísticos y resignificaciones del espacio público. Rosario 1994-2002". *Prácticas de Oficio*, N° 16, 1-17.
- GOFFMAN, Erving. (1997) *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Amorrortu.
- HALL, Edward T. (1987). *La dimensión oculta*. Madrid: Siglo XXI (Versión original 1959).
- HERTZ, Robert. (1990). *La muerte y la mano derecha*. Madrid: Alianza Editorial (Versión original 1907).
- LEENHARDT, Maurice. (1961). *Do Kamo*. Buenos Aires: Eudeba (Versión original 1947).
- MERLEAU-PONTY, Maurice. (1993). *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Planeta-Agostini (Versión original 1945).
- NIETZSCHE Friedrich. (2002). *La Gaya Ciencia*. México: Edaf (Versión original 1882).
- RABOTNIKOF Nora. (1997). *El espacio público y la democracia moderna*. México: Instituto Federal Electoral.
- SHEETS-JOHNSTONE, Maxine. (2009). *The corporeal turn*. Charlottesville, EEUU: Imprint Academic.
- SOJA, Edward. (2010). "Tercer Espacio. El alcance de la imaginación geográfica". En Albet, Abel y Benach, Núria. (Eds.). (2010). *Edward W. Soja. La perspectiva posmoderna de un geógrafo radical*. Barcelona: Icaria.
- TURNER, Victor. (1989). *El proceso ritual*. Madrid: Taurus (Versión original 1969).
- VERA, Paula (2015). "Ciudad saludable, ciudad turística. Espacialización de imaginarios y prácticas urbanas (Rosario, Argentina)". *ROTUR, Revista de Ocio y Turismo*, 10, 43-58.
- VERA, Paula. (2015). "Estrategias patrimoniales y turísticas: su incidencia en la configuración urbana. El caso Rosario, Argentina". *Territorios*, 33, Bogotá, 2015, 83-102.
- VIGARELLO Georges. (1982). "Histoires des corps: entretien avec Michel de Certeau". *Esprit*, N° 2, pp. 179-90.
- WACQUANT, Loïc. (2004). *Contra las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*, Madrid: Alianza.